

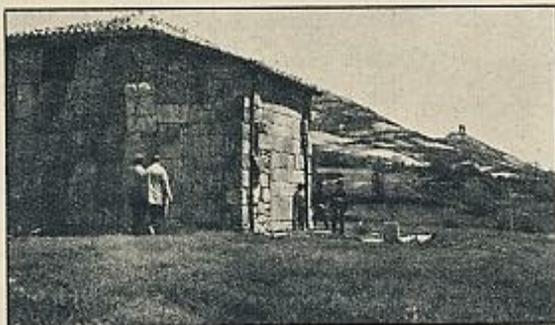
VOLVER SOBRE ESPAÑA

Cuando se marcha por la carretera de Burgos a Soria, dejamos atrás el cruce de Sarracín —donde está enclavado el bello palacio renacentista de la Saldañuela— y, poco después, dejamos atrás también la hermosa torre señorial de Olmosalbos. Luego de pasar Hontoria de la Cantera —de donde es fama que salió la piedra que sirvió para edificar la catedral de Burgos— y algún que otro enclave, dejamos a nuestra derecha un pueblo absolutamente abandonado: Mazariegos. Un poco más allá, a la izquierda, hay un camino tosco, al lado del cual hay un cartel indicador:

Quintanilla de las Viñas. Ermita visigótica del siglo VII

Cuando tomamos el camino, nos encontramos a poco menos de cuatro kilómetros de la ermita que buscamos, y estamos ya en plena región de Lara —el alfoz de Lara, como dicen las viejas crónicas de Castilla— y allá al fondo se divisa un viejo muñón ciclópico de una antigua edificación. Los naturales del país, siguiendo el impulso legendario, dicen que esos son los restos del castillo de los Siete Infantes. Pero no: la edificación, cuyos restos siguen horadando los siglos, parece que es mucho más antigua, de los tiempos precristianos, aun cuando es cierto que preside, como un signo heráldico, tanto el pueblo de Lara de los Infantes como el de Quintanilla de las Viñas, que vamos a atravesar, y muchos otros lugares de todo el «alfoz». Quintanilla de las Viñas, cuando yo la visité por primera vez hace unos años, no tenía luz eléctrica, aun cuando sus naturales de cierta edad recordaban haberla tenido hacía unos años. Recuerdo que, entonces, no había más que tres rótulos en todo el pueblo: uno, inevitable, donde se anunciaba cierto insolente bebestrajo; otro, no menos insolente, escrito en caracteres paleocretos sobre la pétreo edificación campesina, que decía: «¡Vivan los quintos!», y por fin, otro, cuya insolencia, sin duda, estaba atemperada por un cierto humor rural, que, sobre una edificación casi ciclópica y casi ruinoso, rezaba así: «Gran baile». Todo lo demás era una tenue sinfonía de calles extremadamente irregulares, todas pétreas, de sonidos pastoriles, de olores vegetales, y uno, no sabe por qué, acaso por aquel rótulo caminero, tendía siempre de manera natural a identificar a aquellos potenciales consumidores del brebaje y posibles bailarines del gran baile con súbditos naturales y vivientes del rey Gundemaro. El único que se salvaba de aquella asociación histórica intempestiva era, paradójicamente, Jesús, el guarda —o mejor dicho, «el conservador»— del monumento visigótico, el hombre que tiene las llaves y acompaña al visitante a ver la ermita. Jesús es uno de los mejores ejemplares de conservador de este tipo de monumentos en Espa-

ña. El ha trabajado muchas veces en expediciones arqueológicas, bajo órdenes profesoras, por estas tierras pródigas en arqueologías. El sabe lo que se trae entre manos. Pero reserva discretamente su sobria erudición sólo para cuando hace falta: cuando se le pregunta o cuando cree que debe rectificar una apreciación errónea del visitante. En esas ocasiones es discreto, sobrio y preciso. Jesús sabe mucho más de lo que dice, pero no dice



más que lo que es necesario decir... Yo he vuelto muchas veces por esta Quintanilla durante estos últimos años. En este tiempo, hay que anotar en el haber del pueblo dos cosas: la luz eléctrica y un nuevo rótulo para su colección: «Turismo». Campea a la puerta de la casa de Jesús, el hombre de la llave. Ya volveré también sobre este Jesús, porque tiene cosas que contarnos. En esta ocasión, quiero sólo que nos acompañe a la ermita, que está situada en un alcor, como a medio kilómetro del pueblo, en la falda de un monte.

Debió haber viñas, hace siglos, en la tierra pastoril y esteparia que rodea al monumento. Ya no queda nada de ellas. También pareció que hubo una comunidad de monjas en lo que fue iglesia y que hoy no es más que ermita dedicada a la patrona de estas tierras, pues viejos documentos de los siglos IX y X hablan de ello. Hoy, lo que queda de Santa María de Quintanilla de las Viñas —o de Santa María de las Viñas, como se la llama por aquí— es sólo la cabecera —el ábside

de rectangular y el crucero— de lo que fue una iglesia de planta basilical... Fuera de ella, los arqueólogos han señalado la línea de todo su viejo perímetro edificado.

Pero lo que queda sirve, de alguna manera, para hacerse una idea de lo que fue la cultura visigótica... sobre todo, la cultura figurativa de los tiempos visigóticos. Dentro, un gran arco de herradura, el típico arco de herradura de los visigodos hispanos, establece la comunicación entre el crucero y el ábside. Descansa sobre cimacios improvisados —que, sin duda, fueron piedras de otro lugar— y sobre columnas de procedencia romana. Sobre esas piedras campean, como emblemas heráldicos, las representaciones de «El Sol» y de «La Luna». Abajo, y en piedras sueltas, otras

toscas representaciones presentan entre ángeles al barbado «Cristo en majestad» y al desbarbado «Salvador»... Se nota en todas esas representaciones, como en la orla de racimos y aves heráldicas del arco, la huella lejana y la interpretación tosca de Bizancio. Esa misma huella se advierte también en la doble —y a veces triple— cenefa ornamental de racimos y aves que rodea por fuera el ábside... Pero... Pero es una ermita de finales del siglo VII. Es decir, es una de las más arcaicas, de las más viejas iglesias españolas.

Uno quería buscar los nexos que unen a estas piedras con los habitantes de la comarca... Imposible, el recuerdo no puede llegar a tanto. Pero no deja de ser extraño, no deja de ser misterioso, esa especie de huella de la esplendorosa cultura de una ciudad —Bizancio asentada allá en las orillas del Bósforo— en esta tierra de pastoreo, de esquilas bucólicas, asentada sobre un solar estepario que antes fue de viñas... ■ J. M. MORENO GALVAN (Foto: PHOTO-CLUB, Burgos).

una plaza pública, nada se habrá roto en la línea de la narración, sino que, desprendiéndose de ello, los transeúntes participarán felices en la espontánea explosión del personaje central, bailando y cantando a su vez. El argumento de la película, generalmente rosa y sujeto a los más ortodoxos principios de relación entre los hombres, adquiere, en el ritmo en que se narra la historia y con esa ya distorsionada y nada común psicología de los personajes, una dimensión insólita que la hace llegar a conclusiones insospechadas.

Sin embargo, también es posible mantenerse en la parte más superficial del género. Y entender que todo él no es sino un truco comercial para introducir en una película un sugerente número de ilustraciones musicales que el público agradece. Así, en «Levando anclas», de George Sidney, estas ilustraciones aparecen explicadas por una no siempre afortunada lógica, pero que acaba por destrozar la función de las mismas. Si los personajes cantan y bailan es porque lo hacen muy bien y alguien les pide que lo hagan, o porque se trata de seducir a un músico famoso que aparece de vez en cuando dirigiendo su orquesta o porque Gene Kelly cuenta una historia a unos niños en la que, ya entendida la mentalidad infantil, puede parecer natural que la historia se narre en clave musical.

«Levando anclas» es una película que hoy aparece a la sombra de los clásicos del género —Kelly, Donen, Minnelli...— sin que pueda ni sepa aportar nada nuevo ni importante a su continuidad.

En España, la comedia musical tuvo su secuela. Y en lugar de las grandes obras que se realizaban hace veinte años en Hollywood, el público prefería la lógica aplastante de Juanita Reina que, como Kathryn Grayson en «Levando anclas», cantaba porque quería ser artista. Es ahora cuando el género original tiene entre los españoles una mayor aceptación. Y llueven las reposiciones, o los estrenos del momento sin que por eso se estén cubriendo los baches de importación que hace años se dejaron. Como pérfido castigo a su intemporalidad, el español debe ver hoy las películas de entonces remozadas en ampliaciones a 70 milímetros que, proyectadas en pantallas insuficientes, le impiden ver los pies de Gene Kelly cuando ésta baila, o los ojos de una actriz cuando está fotografiada en primer plano ■ D. GALAN.